Los Noveles



LA TIGRESA DE LA PAMPA

POR

GEORGE RODRÍGUEZ

10 cts.

Año I — Barcelona 21 Octubre 1916 — Núm. 30

LOS NOVELES

REVISTA SEMANAL

CONSAGRADA A LA JUVENTUD LITERARIA

PUBLICARÁ EN CADA NÚMERO
UNA PRECIOSA OBRA DE UN AUTOR NOVEL

APARECE LOS SÁBADOS

Propietario: **Antonio Baeza** — Director Artístico: **F. MARTÍ LLORET**

Correspondencia Administrativa: Calle Oliveras, 7 (Guinardó)
Correspondencia Literaria: Asalto, número 78, 2.º, 2.ª

ADVERTENCIAS: Sólo se admiten obras completas y en prosa de unas 50 cuartillas de extensión • Es imposible sostener correspondencia • No se devuelve ningún original

"LOS NOVELES"

constarán de 44 páginas, dedicadas a una novela de igual tamaño que las que venimos ofreciendo al público, y las restantes a la inserción de pequeños trabajos literarios (crónicas, cuentecitos y poesías) para que en ellos puedan colaborar toda clase de escritores noveles.

El precio del ejemplar será de **10 cénts.**

Obras publicadas

La Mansión del Bien, por F. Martí Lloret.
El Sentido Trágico, por J. M. Castellví.
Historia triste, por Angel Requena.
Lágrimas de D. Juan, por Amichatis.
Cinematomanía, por Ramoncito Pellico.
Asunto humano, por E. Gómez de Miguel.
Mentida Venganza, por José M.ª Ballester.
Peregrinos de amor, por Vicente Chalons.
La primer tragedia, por M.ª A. de Burgos.
Visión blanca, por Dionisio Laguía.
El obstáculo, por David Copperfield.
La Hora ejemplar, por Manuel Cherizola.
La mejor obra, por Mario del Palmar.
Llama de amor viva, por A. Cruz Rueda.
Conchas de nácar, por E. Blanco Sánchez.
El destino de las almas, por A. Gil Losilla.
La aventura de Mario Dessi, por Martí Lloret.
Mentiras de amor, por Delfín Villán Gil.
El amor del abismo, por José Fondevila.
Rosa de pasión, por Luis Capdevila.
El poema de Mariposa, por M.ª L. Castellanos.
Sol de la tarde, por Salvador Valverde.
Lo que tenía que suceder..., por F. G. Ruiz.
El diablo manda, por Eduardo Valera.
La novia del poeta, por Justino Ochoa.
Los irredentos, por R. Homedes Mundo.
La novela de un novel, por Aurelio Bay.
Mi muñeca, por Germán del Betis.
La mujer fatal, por Eugenio Carballo.

LOS NOVELES Publicarán en su número próximo **LA UNICA SENDA** novela por ENRIQUE GARCÍA MOLINA, y multitud de trabajos literarios de otros autores.

PRECIO DEL EJEMPLAR: **10 CÉNTS.**



La tigresa de la Pampa

Novela inédita

por GEORGE RODRIGUEZ

I

Allá en América fué la aventura, en medio de la Pampa inmensa y solitaria. No hace tanto tiempo; sólo unos tres años. Lo recuerdo bien porque siempre hay en la vida de los hombres ciertos hechos que no se olvidan nunca, y el que constituye el motivo de estas páginas, quedó grabado con sangre humana. No fué, sin embargo, ningún crimen, como se verá en el curso de este relato. No obstante, me ví precisado a matar con la agravante de alevosía y hube de contemplar horrorizado la trágica convulsión y las terribles crispaciones de un agonizante derribado a mis pies por un pistoletazo certero.

El recuerdo de aquella escena trágica va unido al de aquella Lely infernal, ya romántica, ora nihilista, a veces

sentimental y a ratos de una crueldad refinada. ¡Oh, bella Lely. Ya ves que no tengo miedo a tu daga florentina emponzoñada con venenos vegetales. Los hombres de España, mi gentilísima Lely, acaso no seamos tan bravos como tus poloneses ni tan sangrientos como los de Calabria, pero ya ves como no tenemos miedo a tus ojos de crimen ni a tus delicadas manecitas que saben hundir el estilete en medio del corazón. Si a tus manos llegan estas páginas (bien sé que llegaráa) verás cómo desnudo tu alma negra, cercenando con mi pluma tus flores de maldad. ¿Te inquietas? Bien sé que no tiemblas; no has temblado nunca. Sin embargo, aún es tiempo. La senda del bien es muy amplia. ¡Eres tan bella, tan bella, que con un solo átomo de bondad el mundo te lo perdonaría todo! Pero no; tú no eres de las que claudican; te engendró Satán y la ruta de tu destino la marca una estela de sangre, alumbrada por antorchas siniestras.

¡Oh, bella Lely, cómo me sonrío de tu nerviosa inquietud! Te veo estrujando estas páginas; con tus preciosas cejas fruncidas, y tus pupilas de abismo, negras, profundas, de esfinge, con brillos de luciérnaga. Ya ves cómo me río burlón de las tétricas amenazas que fulguran tus ojos. No, mi bella Lely; no te tengo miedo y me burlo desdeñoso de tus fieras perversidades.

II

Fué en Asunción del Paraguay donde conocí a la bella Lely; hace unos tres años. Recuerdo la fecha porque, además de no ser lejana, era poco tiempo antes de estallar la formideble guerra europea. Fué una noche de poco halaga-

dor recuerdo y de una emoción intensa tan agobiadora, que se esfumaban mis ideas en una ofuscación absurda, rompiéndome en mil pedazos un triunfo que yo creía seguro. Fué en ocasión de saludar al distinguido intelectual argentino Manuel Ugarte, que se hallaba allí con motivo de unas conferencias sobre el peligro yanqui, que elocuentemente prodigaba por aquellas repúblicas. También yo iba en calidad de conferenciante, aunque no me preocupaba ningún peligro más o menos yanqui. Mi modesta labor era puramente literaria.

Después de saludarle, hablamos de Europa y de España, de la querida España, que desde allí tan lejos la veíamos pequeñita, pero sana y fecunda, aunque un poco perezosa, como una bella mujer rodeada de flores y sonrisas e indolentamente echada sobre un muelle diván de terciopelo. Al despedirme de Ugarte, y antes de bajar los peldaños del hotel, ví a Lely por primera vez. Tenía allí su hospedaje y salía de paseo en aquellos momentos.

Aún sin pretenderlo, hube de fijarme en ella. Fué sólo un momento, una visión fugaz que, sin embargo, quedó grabada en mis retinas. Todavía no he podido explicarme por qué raro fenómeno empecé a sentir una extraña sugestión que me alucinaba atormentándome.

En el amplio y sencillo hall del hotel, encontré de nuevo a la bella desconocida. Era una mujercita verdaderamente interesante. Todo en ella era sencillo y sugestivo; su indumentaria, sus modales, su sonrisa, todo de una distinción refinada sin afectación alguna; pero toda su gentil silueta parecía nimbada de un sedoso velo de misterio, inquietante y subyugador al propio tiempo. Aun siendo joven, nadie acertaría a precisar su edad; lo mismo podría contar veinte primaveras que treinta abriles. ¡Oh las facciones de Lely serán siempre inalterables como si estuviesen fuera de la acción del tiempo; ella no envejecerá jamás! ¡es más fuerte

que los años aquella criatura angelical que es nieta de Lucifer!

Pero lo verdaderamente extraño eran sus ojos; no es posible contemplarlos de cerca sin sentir el mareo del vértigo, como si nos asomásemos a un precipicio insondable. ¿Qué extraño fulgor irradiaban sus pupilas? Todavía hoy no he podido fijar el color de sus ojos sin miedo a equivocarme. Tan pronto parecían negros como el azabache, que verdes como el mar, o azules como el cielo; y siempre profundos, brillantes, inmensos, como dos antorchas que llameasen siniestras.

III

Un sabor amargo me dejaba Lely la primera vez que la contemplaba. Un extraño presentimiento me invadía agobiador, haciendo latir mis sienes con violencia. No pasó inadvertida para ella mi turbación momentánea y parecióme sorprender en sus labios rojos el mohín de una velada sonrisa; la sonrisa de las triunfadoras, que en Lely se dibujaba como la ironía de un enigma perverso.

Momentos después, me decidía a interrogar al amable gerente del hotel.

—Es la señorita Lely—me respondió afable, con su estereotipada sonrisa.

—Es verdaderamente una mujer interesante—repliqué, esforzándome en poner en mi curiosidad la mayor indiferencia posible.

—¡Oh! la señorita Lely es genial.

—Sin duda es una artista de reputado talento.

—No, señor, no; no tiene otro oficio que ser inmensamente rica.

Quedaba para mí sin descifrar el epíteto de genial; mas procuré refrenar mi desbordada curiosidad por no pecar de impertinente, y me dispuse a salir. Pero mi amable interlocutor ardía en deseos de charla y sus ojillos grises se abrillantaban hablando de la extranjera. Indudablemente no era yo el primero que escuchase de sus labios caducos las interesantes noticias que se ufanaba de prodigar. Acaso fuera una fábula urdida en su cerebro de viejo marrullero; pero ¿qué importaba? lo interesante era el sabor de lo desconocido.

—Tengo para mí—dijo—que esa señorita encierra algún misterio intrincado. Ni en el hotel ni en parte alguna se conoce su apellido. Se hace llamar, sólo y exclusivamente, *la señorita Lely*. ¿No es esto extraño? Pues aún hay más; su correspondencia es abultada y de todas partes del mundo: de Rusia, del Japón, de Italia, siempre de países lejanos, y apostaría que de gentes poderosas.

—Pero todo esto es infantil y sin importancia alguna—me atreví a observar algo impaciente.

—Por el hilo se saca el ovillo, señor. Para mí, estos datos son importantes.

Luego, empezó a explicarme cómo su equipaje era excesivo, aunque vistiese con la sencillez que yo la había visto. Sus vestidos, sus joyas y sombreros valían una fortuna; y prodigaba el oro con tanta abundancia que escandalizaría a cualquier millonario.

No pude menos de sonreir del tono misterioso que empleba mi viejo informador. ¿Qué de particular tenía nada de lo dicho? Eso no podía extrañar a nadie que estuviese acostumbrado a viajar por las grandes capitales, donde convive el cosmopolitismo dentro de una infranqueable reserva.

Observó mi leve sonrisa de piadoso desdén, y agregó definitivo:

Pues yo recelo que algo de misterio hay en todo esto.

—No sea usted supersticioso. Probablemente dejará pronto estas tierras paraguayas, y serán olvidados esos divertidos recelos.

—O acaso no. Ahora ha comprado unos terrenos solitarios en medio de la selva más bravía, para construir un misterioso chalet, perdido en el intrincado laberinto del bosque, donde para llegar será preciso abrirse paso a golpe de hacha, y sostener combate con las fieras que en aquellos parajes abundan. Es una idea verdaderamente excéntrica. ¿A quién se le ocurre levantar una morada elegante junto a los cubiles de las fieras?

El viejo gerente del hotel era, sin duda, un soñador caduco. Sin embargo, la fugaz visión de Lely me inquietaba un poco. Aquellos ojos, sugestivamente perversos, no se me borraban y su mirada la tenía clavada en el cerebro.

IV

Los periódicos habían anunciado mi conferencia sobre el tema *España en América*, prodigándome los amables elogios que un pueblo dedica siempre a los artistas extranjeros. Había, además, cierto interés, no sólo por lo interesante del tema, sino por ser el mismo que Blasco Ibáñez explanara con menguado éxito, por cierto. Por otra parte, mi juventud, casi aniñada, había despertado la curiosidad de todos, trocada en general simpatía. Bien es verdad que parte de los halagos los debía a los esfuerzos del culto e inteligente Alcalá,

director de *El Diario*. El fué quien me allanara las dificultades todas, y con decidido empeño, hizo que la opinión se fijara en mi modesto nombre literario. Y eso que el ambiente no era muy propicio para un literato español, hasta el extremo de que, según Alcalá, el propio Valle Inclán hubo sufrido la decepción de contemplar cómo el escaso público que acudió a oirle, abandonaba la sala antes de terminar su discurso el notable prosista español, dejándole casi solo en el recinto. El mismo Blasco Ibáñez había fracasado vergonzosamente, no obstante su verbo florido.

Con tan tristes precedentes, era para ser pesimista. Las gentes no amaban las conferencias y se mostraban parcas para dar su dinero por oir huero palabrerío desprovisto de sistema científico. No eran ellos tan incultos para dejarse sorprender por ruido de palabras. ¿Acaso sus Universidades no empezaban a incorporarse al movimiento científico del concierto americano?

Confieso, sin embargo, que no me inquietaba el ambiente hostil. Tenía conciencia plena de la expectación que había por escuchar la audaz oratoria de quien ellos creían casi un niño.

Llegó la hora señalada. El amplio recinto empezó a llenarse de público selecto e inteligente; público de conferencias, sin faltar las elegantes damas que ponen el chic de la nota de color.

En los pasillos saludé a mucha gente, esforzándome por sonreir a todos. ¡Cuántos millares de personas no conoce el artista, de las cuales no conserva, a la media hora, ni el más remoto recuerdo! En medio del torbellino de felicitaciones prematuras, y a veces absurdas, mis retinas tropezaron con Lely; estaba allí con su secretario, el arrogante y atildado Luck, el cual, acercándose, murmuró cortés:

—Caballero, la señorita Lely se felicita de tener el placer de admirarle.

No pude refrenar mi contento, y con una gozosa turbación, oprimí la mano perfumada y pálida de Lely, mientras ella me sonreía con una graciosa muequecita, como la de una musa cascabelera.

—Mi modesto nombre—repliqué inmediato—es demasiado humilde, señorita, para pretender la admiración de usted.

—¿ Quién ignora su merecida popularidad en esta ocasión ?

—¡ Ojalá fuese en todas las ocasiones !

—No debe de quejarse. Es usted demasiado joven todavía y el triunfo le sonríe.

—El triunfo lo constituyen unos ojos como los suyos, capaces de inspirar con verdadera elocuencia.

—¡ Mis ojos !—replicó Lely—¡ pobres ojos míos ! No son los más propicios para buscar en ellos la inspiración.

—Pues esta noche serán ellos los que me inspiren. Se lo digo de verdad, Lely. ¡ Le...ly... ! ¡ Qué bien suenan esas dos sílabas que constituyen su nombre ! Evocan poesía saludable y brava ; suenan a murmullos de selva ; a cantos agoreros, inquietantes y rumorosos ; algo así como extraños ruidos de otros siglos, voces mitológicas, suspiros de flores, en un conjunto de presagios crueles que atenazan el epíritu.

No tuve tiempo de apreciar el efecto que produjeron en Lely mis últimas palabras que empezaban a hervir de pasión. El diligente Alcalá, después de prepararlo todo, me avisaba amable que el público esperaba en la sala y era preciso que diera comienzo a la velada.

Con gran sentimiento hube de despedirme precipitadamente de Lely, no sin antes suplicarle me concediera el honor de saludarla otro día para hablar de literatura, a la que era muy aficionada.

—Con mucho gusto. Y si le parece bien, esta noche misma, si sus amigos le dejan, le espero en el *Berbedere*.

—Perfectamente—respondí con júbilo—. Después de la conferencia marcharé sin dilación a saludarla.

Me separé con una inexplicable emoción. Aquella gentil damita que parecía hecha con pétalos de rosas y con sangre de clavèles, me había sugestionado un poco.

Cuando salí a escena, estaba, todavía, bajo el imperio de su influjo y no sabía cómo empezar el desarrollo del tema. Sentí una angustia agobiadora ; las ideas no obedecían a mi voluntad, y mis sienes martilleaban como si golpeasen fieramente en mi cerebro. Procuré serenarme ; acaricié con la diestra mi crespa pelambrera, héspida y brava, y me dispuse a hablar. Lely estaba allí, en primera fila, asestándome sus miradas fulgurantes y sonriendo con incierta malicia. Al fin las ideas brotaron raudas, y la palabra afluía a mis labios con la vehemencia de un torrente. Hablé del panorama paraguayo ; de la poética sugestión que producían sus selvas bravías, con sus bosques de quebrachos entrelazados, silbos agoreros de reptiles, y aliento de tigre, y susurros de hojarasca. Luego, mis labios tejieron una corona de flores, hablando de la mujer : la más linda guirnalda era el trofeo en batallas de amor. En este momento el público rompió en un aplauso. Lely también aplaudía graciosamente y me miraba risueña con sus pupilas de abismo, halagada, quizás, de sorprender que fuera ella la inspiradora de aquellos poéticos conceptos femeninos. Y no se eequivocaba. Ella era, en efecto, quien sugería mi inspiración y a ella, precisamente, iban dirigidas mis palabras como si no hubieran más oyentes en la sala.

Seguí hablando y hablando, siempre de lo mismo, sin acordarme del objeto de mi conferencia. Sin quererlo, había escamoteado el tema, y no decía una palabra de lo que debía decir. Tocaba ya el final, y aún no había abordado el tema, con gran extrañeza, por cierto, de mis amigos, que no se explicaban aquella alocada actitúd. Lely había observado, sin duda, que pronto iba a finalizar el discurso, y levantóse sigilosamente para salir con presteza antes que los

demás. Fué un movimiento tan rápido, que, cuando quise observar, ya había desaparecido. ¿Qué pasó por mí entonces? ¿Qué nube obscureció mi mente poniendo en tensión mis nervios? No lo sé; pero algo extraño se operaba en mí en aquel instante. Parecióme que la sala estaba vacía; faltando ella, mis ojos no veían a nadie. Y, febrilmente, con soberbio coraje, erguí la cabeza, y en tono violento lancé un torrente de indignación; llamé incultos a mis oyentes, en párrafos vibrantes de energía, y terminé mi conferencia calificando, a tan amables ciudadanos, de seres prosaicos, duchos en las lides del agio, ayunos de todo concepto artístico, e ignorantes de la bella poesía del espíritu, aunque experimentados en la ciencia crematística. Así y todo, tuvieron la delicadeza de tributarme un cariñoso aplauso, y al siguiente día, la prensa toda no anduvo parca en elogios, callando lo que, en realidad, era un incidente desagradable. A pesar del cariño con que me trataron los periodistas, no podía menos de sorprenderles mi extraña actitud. ¿Me creerían loco? El periodista compatriota, Julio Kola, pretendiendo conocer el secreto, explicaba, a sus amigos, lo ocurrido, como una genialidad de literato español.

—Ha bebido demasiado—decía—antes de la conferencia y el acohol le ha hecho efecto al final. Cosas de literato.

Y, sin duda, me creyeron borracho aquella noche. Menos mal que aquella explicación, en vez de perjudicarme, despertaba mayor simpatía y admiración.

V

Sin despojarme, siquiera, del frac, corrí hacia el *Berbedere*. Era este un merendero pintoresco, semejante a los de Andalucía, rodeado de jardín y con una amplia terraza cubierta de parra. Allí estaba Lely, acompañada del misterioso Luck, mirando al cielo como si quisiera, con los brillos de sus pupilas, desafiar a la Luna que, en los espacios siderales, parecía asomada a un ventanal de ópalo.

—Es usted un orador elocuente—me dijo alargándome su diestra.

—No es esa, precisamente, mi vocación—respondí, sentándome a su lado.

Mientras libábamos una copita de aromático Kirchs, Lely extrajo su pitillera de oro, ofreciéndome un cigarrillo egipcio. Entre las espirales de humo, su figura semejaba la evocación de aquellos siglos del imperio de Occidente, nebulosos y bellamente trágicos. Recogida sobre su asiento, en una actitud felina, como los tigrecillos prontos a saltar sobre su presa, parecía una virgencita de Urbino que se hubiese escapado para asomarse al Infierno, echada de bruces sobre el inmenso ventanal de la vida.

Callamos brevemente. El misterio de la noche flotaba sobre nosotros con aromas de fronda y perfume de lilas.

Luego, hablamos de literatura; de Edgard Poe, de D'Annuncio, de Gorki. Lely no conocía nada de la literatura española; lo más, el Quijote, y eso, por revistas extranjeras. Para ella, España era un país pintoresco, de exhuberante vegetación y leyendas heroicas; pero un pueblo sin valor cívico, sin arte, sin progreso. ¿Qué novelistas tenía

España? ¿qué poetas, qué pintores, qué escultores, qué músicos? Conocía cuadros de Murillo y de Greco, tapices de Goya, algunas novelas de Pereda y poca cosa más en el terreno del Arte. Pero eso no era nada para la cultura de un pueblo. ¿Qué ofrecía el siglo XX en España? Y se reía con su muequecita de diosa displicente, clavando sus pupilas como dos puñales siniestros.

—Sin embargo—, me atreví a objetar tímidamente—le gustaría mucho España si la conociera.

—Es posible. Los españoles son, sin duda, muy bravos y galantes, según dicen. El Sol del mediodía debe hervir en la sangre de los andaluces con un temperamento recio, bravamente noble como los toros de sus fiestas. Y los ojos de las españolas son de fuego como los corazones de sus amantes.

—Usted, Lely, es digna de ser española, siquiera por sus ojos que queman como una tizona incandescente.

Lely ríe fuerte, halagada en su instinto de mujer, y apura la segunda copa de Kirchs. El elegante Luck también sonríe benévolamente, con frios gestos de asentimiento, sin opinar nunca, guardando una prudente reserva, abstraído siempre con las columnitas de humo que se esparcen en espirales.

Y vino luego un diálogo más íntimo, más suave, como el cosquilleo de un terciopelo; hablando más quedo, como una confidencia improvisada, como la confesión de las almas. No era el lenguaje mundano con su corteza galante, sino la palabra sedosa, ardiente, espiritual. Ella era rusa, pero su patria era el mundo; viajaba siempre con insaciables anhelos, como una nómada contumaz; y amaba la poesía, el peligro, la esencia del misterio, el sortilegio de la vida. Hubiera querido ser mariposa para libar en las flores, y luego pantera que husmease, a zarpazos, en la carne viva; o ya águila para remontarse a las cumbres y aletear entre las nubes plomizas y blandas.

Yo la escuchaba extasiado. La ponzoña de sus ojos iba filtrándose por mi cerebro, resbalando por la médula hasta impregnar las células más recónditas ; me sentía atraído como los pajarillos por el silbo de la serpiente. Mi voluntad se doblaba. Bebía Kirchs con insaciable fruición, excitando mi temperamento meridional, y la sangre bullía en mis venas arrancando a las arterias palpitaciones violentas. Mis órbitas debían estar dilatadas con estrías sangrientas, y mis labios atropellaban las frases con inaudita vehemencia, brotando palabras ardientes como si surgieran de un cráter, hechas fuego, quemantes, avasalladoras. ¡ Oh divina elocuencia del alcohol !

—No beba más—musitó Lely con una sonrisa de lástima que me hizo el efecto de un pinchazo en la nuca.

También Luck parecía mirarme con irritante conmiseración, mientras apuraba el sexto vaso de wisky.

—¡ Bah !—repliqué—en España no se beben estos líquidos verdosos y grises, pero nuestros vinos, siendo menos venenosos, son más fuertes y, sobre todo, más vinos.

—Pero le ha de hacer daño. No beba. Es usted demasiado joven y no tiene costumbre .

Ella continuaba, sin embargo, acariciando la elegante copa y sus labios bermejos se estremecían sensuales al contacto del líquido. ¡ No beber !... ¡ Sentirse más débil que una delicada muñequita !... Bebería cuanto fuese preciso. Y bebí otra copa, y otra, de esos aromáticos líquidos que emponzoña las venas. Un fuego inquietante me abrasaba la piel como una fiebre devoradora. Las ideas danzaban sueltas en mi cerebro ; y hablaba alocado, vertiginoso, dominado por una vehemente fuerza que vigorizaba mis nervios.

Lely reía con una risa diabólica, fulgurando sus ojos impúdicos destellos de bacante. Sus senos palpitaban bajo las gasas como si quisieran escapar de toda opresión saltando como dos palomas de pico sangriento. Semejaba la musa

de Tiziano corriendo cascabelera a intrigar la celeste mansedumbre de un abate madrigalesco. La Luna caía, gota a gota, después de filtrarse por entre los pámpanos de la parra, como perlas que rodasen por el cuello de Lely y por su garganta que el cincel de Fidias modelara.

—No dirá usted—decía riendo—que no celebramos su triunfo. Brindo por su éxito de esta noche, y porque allá en España, en sus viejas ciudades que huelen a misticismo de claustro, haga usted bellas poesías rememorando los días inquietos, velados de misterio, que se respiran en el extranjero, lejos de la patria.

—¡ Bravo, bravo ! Es usted una mujer capaz de trastornar a un santo. Sólo su recuerdo sería ya mucho para inspirar las más bellas poesías de todos los poetas juntos.

—¡ Mi recuerdo !—contestó Lely con una brusca transición, dibujando una amarga sonrisa.

—Sí ; su recuerdo ; como la imagen de las diosas, como las pupilas inmensas de la esfinge que subyugan fatalmente con el enigma de sus brillos.

—No ; mi recuerdo no le inspirará nunca. Júpiter ha lanzado sobre mí el anatema de sus iras, y soy como un estigma de muerte, dejando a mi paso desolación y tristeza.

—Eros la salvará.

Volvió a reir Lely, ahora con más fuerza, rompiendo de golpe su fugaz melancolía.

VI

El alcohol había puesto en mis labios conceptos de una audacia increíble. Lely no era mujer que rumiase mojigaterías. Educada en un ambiente de libertad excesiva, no tenía más frenos a sus caprichos alocados que la educación mundana recibida. Las más absurdas ideas eran, para ella, de una originalidad sugestiva. Le cansaba lo vulgar, lo rutinario, la vida monótona, siempre la misma, sin emociones extrañas; hubiera querido vivir en los tiempos prehistóricos donde la civilización estaba suplida por la destreza y la bárbara noción del sentimiento humano. Contemplar cómo se rasga lentamente el velo sideral, para que surja el nuevo día, era su mayor encanto.

Nada más bello, en efecto, que los crepúsculos matutinos.

—Si usted se atreve—indiqué con júbilo—veremos el lindo espectáculo de amanecer.

—¿Cómo que si me atrevo? Y me atrevería también a marchar, desde aquí mismo, al propio Polo norte en excursión.

Contentos como niños, riendo despreocupadamente, abandonamos el *Berbedere*. Sólo Luck permanecía serio, con esa seriedad tan irritante que le caracterizaba.

En automóvil, huímos de la ciudad para internarnos en la soledad de los campos. Las sombras de la noche empezaban a fundirse en la blancura mate del Alba. Allá a lo lejos brillaba, como un cristal bruñido, la planicie líquida del río Paraná que se deslizaba sereno lamiendo raigambres de quebrachos añosos. El camino se hacía cada vez más difícil; lo abrupto del terreno era un obstáculo serio. A la derecha,

la sombra gigantesca de un bosque umbrío, y a la izquierda, el Paraná cauteloso y tranquilo como un lago de Venecia. Más allá, río y bosque se juntaban en simbólico maridaje.

Descendimos del automóvil y atravesamos unos matorrales de tan brava vegetación que las plantas nos llegaban al pecho,mojándonos los trajes con su savia lechosa. Seguimos andando, entre setos vivos que desgarraban la piel, hasta una pequeña explanada en la que el río se doblaba en ángulo formando un remanso de obscuras aguas. De allí no podríamos pasar ; nos encontrábamos entre el río y el bosque cuyos corpulentos árboles se enlazaban salvajes desde hacía más de dos siglos. Nos tendimos sobre el césped humedecido por el rocío matinal. Flotaba en el ambiente un eco de paz sedosa. El río callaba allí su murmullo, ofreciéndose como un lago tranquilo ; sin embargo, en sus obscuras aguas dormía una leyenda inquietante. Era un remanso traicionero donde se alojaba, al decir de los indios, un enorme *yacaré* milenario que había devorado cien vidas humanas. Era un pez gigantesco, especie de tiburón monstruoso, que hubo sentado allí sus reales, burlando las mañas de los indios que no pudieron cazarle a pesar de la destreza en el manejo del cuchillo. Lely sabía muy bien esta historia. Ella misma la refería entre sonrisas, exagerando, acaso el peligro como si fuera un sabroso placer.

El yacaré es un pez peligroso para quien tuviese la audacia de profanar sus acuosos dominios. Sin embargo, algunos indios solían bañarse en aquellos lugares, si bien, llevando, entre los dientes, un cuchillo de jabalí para defenderse del monstruoso anfibio. Este, además, sólo atacaba en la superficie ; debajo, entre las aguas, un nadador experto podía luchar con él y hasta rajarlo de una cuchillada tremenda. Pero aún no había sido posible darle caza y en sus fauces inmensas se inmolaron muchas vidas.

—Qué delicioso debe ser bañarse en estas aguas peligrosas—musitó Lely.

—Y mucho más en estas horas del crepúsculo—respondí extasiado con la salvaje perspectiva de la naturaleza en aquellos rincones de encantamiento. Lely me miró fijamente, moviendo leve el terciopelo de sus pestañas. Luck alzó también su cabeza cuadrada y contempló la majestad de las aguas con un presentimiento de escalofrío.

—Pues por mí no ha de quedar—exclamó Lely con perversa coquetería.

Y empezó a reir con esa risa taladrante que ella sabía, mientras se despojaba, sin más preámbulos, de su elegante indumentaria.

Cayeron al suelo sus ropas perfumadas ; sus zapatitos diminutos como chapines de bailarina. Y Lely surgió arrogante, escultural, magnífica, como la diosa india. Llevaba un traje interior de seda negra que se ajustaba a su cuerpo, oprimiéndole como una malla tupida. Así no se mostraba impúdica.

De un salto lanzóse al río, nadando blandamente como un esbelto cisne negro.

Luck empezó también a desnudarse pausadamente, sin prisa alguna. Yo me despojé, en breves minutos, del traje de etiqueta que aun conservaba, y con las ropas interiores fuí en busca de Lely ; era una buena nadadora, pero no era yo menos experto. Ambos braceamos con vigor hasta regresar a la orilla. A diez metros agitóse el agua ; el yacaré estaba allí presintiendo, acaso, su presa. Luck parecía dudar ; pero ante el enérgico mandato de Lely, se arrojó al río llevando el cuchillo entre los dientes como los temerarios indígenas. Avanzaba con audacia ; jamás le hubiera creído tan valiente.

En la orilla, sentados sobre el musgo, Lely se extremecía apoyándose brevemente sobre mis hombros, mientras el agua chorreaba de su cuerpecillo frágil como una figulina de

biscuit. El yacaré debía estar cerca del pobre Luck. Eran momentos de cruel ansiedad. Nadando con destreza, Luck había sorteado el primer embite del anfibio y se hundió en las aguas para pelear bravamente, cuerpo a cuerpo. La tragedia flotaba en el cristal del río. Jamás hube sentido emoción más intensa. Hubiera querido gritar, pero en mi garganta se formaba un nudo de angustia, y un sudor frío me invadía con una laxitud de espasmo. Lely sonreía con una sonrisita trágica que me asustó, mientras se acercaba inconscientemente apretándose contra mi pecho; yo la abrazaba como protegiéndola de un peligro común. Seguíamos anhelantes, sin respirar casi, todos los movimientos de tan bárbara lucha. Luck era infatigable; tres veces subió a la superficie y otras tantas tornó a hundirse blandiendo siniestro el cuchillo. Luego, dió un grito que me extremeció; era un aullido salvaje, gutural y silbante al propio tiempo, como los indios feroces sabían; hubo hundido el cuchillo en las entrañas del yacaré, pero éste, en un postrer esfuerzo de agonía, en una formidable colada, revolvióse asomando su bocaza maldita para apresar por los hombros al desgraciado Luck. Fué rápida la escena; la tragedia estaba consumda. El cuerpo de Luck despareció entre las oscuras aguas para no aparecer más.

Transcurrieron unos segundos de angustia mortal. Unas burbujas sangrientas empezaron a subir, apareciendo luego un manchón bermejo. Inconscientemente apreté contra mi pecho el cuerpo de Lely con un movimiento de terror, convulso, horrorizado, sufría un miedo de idiota. Ella se refugiaba en mis brazos aturdida, sin duda, por la sangrienta escena. Pero la miré a los ojos y sus pupilas me asustaron más que el horror de la tragedia. Temblaba como un azogado. ¿Qué enigma fulguraban sus ojos brillantes? Entonces, sus brazos desnudos rodeaban mi cuello y sus labios sensuales rozaron mi boca como un carbn encendido; luego, sus dientes me apretaban con salvajes espasmos, hasta brotar la san-

gre de mis labios. Y sonreía enigmáticamente como una vampiresa insaciable.

Quedé atónito. Ella sentía el placer de mi atontamiento y se retorcía sobre las yerbas mojadas oprimiéndome con brava lujuria como una fiera de la Pampa en celo avasallador.

El blando musgo fué lecho nupcial al borde de la tragedia. En la planicie líquida del río, una estela bermeja signaba el altar donde se inmolara el tributo a Eros, no al divino sino al bastardo Eros que nutría sus pasiones innobles con tíbios coágulos de sangre.

VII

¿Qué extraño misterio nos subyuga encadenando el más fuerte espíritu al potro de la fascinación femenina? Lely no había encendido en mi pecho el fuego inextinguible del amor, y sin embargo, mi voluntad iba prendida en los brillos de sus inquietantes pupilas. Era un fenómeno raro, hasta absurdo ; pero no hacía nada por sustraerme a su pernicioso influjo.

Desde aquel día Lely no era ya la musa cascabelera que hablaba a mi espíritu, sino la hembra fuerte que iba rompiendo mi mocedad con hachazos de lujuria. Aquella mujercita, tenue y suave, como un madrigal alado, era ahora el eco de una estrofa brava cantada por cien gigantes del averno. Sus ingeniosas excentricidades habíanse convertido en una vorágine de anhelos desquiciados. ¿Qué era lo que ansiaba? ¿Qué extraño goce buscaba en las fibras más recónditas agitadas por latigazos de pasión impura? La psicología de Lely iba surgiendo en una silueta de ambigüedades : a ratos frívola, a veces sentimental, ora alocada, ya reflexiva, y siempre

extravagante, personalísima, con depravación ingénua, bordeando la infernal hoguera donde arden todas las aberraciones y las mezquinas palpitaciones de la carne, aunque fuere ésta, tan sonrosada como las de Lely, con turgencias atrevidas modeladas por un mágico cincel.

Habíamos abandonado las pintorescas tierras paraguayas, regresando a la capital de La Argentina. Seis meses en la gran urbe cosmopolita, y durante ellos mi vida era una cosa absurda, sin orientación fija, con una especie de atonía en el cerebro que me sepultaba en el oscuro fondo del olvido. Empezando por olvidarme de mi mismo, había olvidado también mis trabajos, mis luchas literarias, las nobles ansias de escalar arrogante los peldaños de la gloria en el paraninfo del arte. Allí estaban la pluma y las cuartillas amontonadas en desorden, olvidadas, cubriéndose de polvo, mientrs mis ideas se ofuscaban negándose a brotar, rebeldes a toda inspiracin. Parecía aprisionado entre los tentáculos de un gigantesco necrógeno que me retenía al yunque de una realidad absurda que no por eso dejaba de ser humana ; demasiado humana acaso, pero que iba rompiendo la espiritualidad de mis sueños literarios.

Había amueblado Lely un pisito coquetón en una de las más céntricas vías de la gran urbe. Allí la visitaba diariamente, estándome largas horas. Un día me dijo Lely :

—Hace ya mucho tiempo que no escribes.

—Es cierto—le respondí—hace ya mucho tiempo. Y acabaré por ni tomar más la pluma, fracasando en una charca de idealismo.

—Sería una renunciación cobarde.

A los pocos días, Lely me brindaba el tema para un artículo vibrante. Se trataba de cosas de su patria ; había que sacudir la opresión de una tiranía inaudita que hacía gemir a los rusos bajo el yugo de un despotismo brutal.

—Fuerte, muy fuerte—me instaba Lely.—Que levante

ampollas, fustigando con energía. Mis compatriotas no están hechos para las dulzonas frases del lenguaje poético ; necesitan trallazos, conceptos fríos y recios como moles marmóreas.

Le satisfizo mi artículo. Eran cuartillas vibrantes, enérgicas, en las que estallaban, como bombas, la indignación y un poco de fanatismo sectario. La principesca soberbia de oligarquías se mezclaba con odios de serviles claudicantes ; y mi pluma era un ariete emponzoñado que se prendía en la casaca de los magnates. Todo el artículo era un formidable fustazo que restallaba sonoro, removiéndo su eco todas las inquietudes agitadas en el fondo de la causa que briosamente defendía Lely. Ella misma se encargó de publicarlo, y lo hizo en un periódico de muy avanzadas ideas. No iba firmado y poco podía importarme su destino.

No tardé en conocer a algunos de los escritores que frecuentaban la casa de Lely. Eran todos jóvenes exaltados que ponían en los puntos de sus plumas los audaces brios de su mocedad. Uno de ellos, sobre todo, me inspiró siempre cierta inexplicable adversión que en vano me esforzaba en ocultar. Al fin confesé a Lely mi repugnancia hacia aquel sujeto que tantas simpatías despertaba en todos.

—Es un joven de gran talento—me decía siempre Lely.—Su gesto rebelde es la síntesis más fiel de todas las reivindicaciones.

No comprendía yo bien aquel lenguaje un poco ambigüo. Sin embargo, me iba dando cuenta del ambiente en que me hallaba. Los salones de la bella Lely eran una especie de volcán encendido donde crepitaban las luchas sociales con el escudo de teorías libertarias, pretendiendo esparcer el polen generoso de redentoras doctrinas. Eran veladas sugestivas para temperamentos exaltados ; el que menos, soñaba con la regeneración del mundo, creyendo, cada cual, encarnar el escabroso apostolado del bien en la humanidad.

Las prolongadas tertulias no me seducían mucho ; me iban

cansando las continuas discusiones sobre cosas que allí pasaban por trascendentales, aunque en verdad, no preocupaban lo más mínimo al resto de los mortales. Sobre todo, la suficiencia de aquel joven bello de líneas perfectas y ojos soñadores, llegaba hasta irritarme. Llamábase Sorel, y el escuchar sus atrevidos conceptos y la dureza de su frase cálida, producía una sensación de sorpresa si se contemplaba su rostro ; no encajaban las arrogancias en aquella efigie de madona lánguida. Hubiera querido estar solo con la bella extravagante, soñando en el gabinetito cargado de perfumes orientales, fumando opio, mientras leíamos unos versos desgarrados que decían sollozos de Polonía ; o rimas azuladas que mecían blandas el lirismo de Becquer ; o estrofas de cancionero que gritaba Martín Fierro en la brava soledad de la Pampa.

Mi presencia iba desvaneciendo, poco a poco, todo recelo. Ya nadie se recataba al emitir las opiniones más absurdas, y hasta solicitaban mi criterio en intrincadas filosofías de potencia a potencia con Hegel y Spencer. Si fuere sólo gimnasia intelectual, nada más digno de alabanza ; pero ¿ cómo llevar a la practica la resultante de teorías utópicas, cuando la realidad no es sólo sentimiento ?

Una tarde llegué a casa de Lely antes de lo que acostumbraba. Creí no encontrar a ninguno de los asíduos y penetré resuelto y sin cumplidos. Al abrir la puerta de la sala me detuve ; escuchaba el susurro de una conversación. ¿ Cómo ? ¿ Tampoco entonces conseguía estar solo ? Vacilé un momento ; me repugnaba escuchar detrás de una puerta como un indigno espía ; sin embargo, una insana curiosidad me retenía allí sin decidirme a entrar. Mis nervios se distendían con la incertidumbre del misterio. Hubo un momento de silencio ; luego, una voz recia, el timbre de Sorel, leía un artículo con enérgico entusiasmo. El joven de la sorprendente antítesis, leía el artículo que Lely me encargara ; los demás

debían escuchar con religioso silencio. Al final, murmullos de aprobación.

—Nuestro compañero—decía Sorel—nos tachará de cobardes si no sabemos poner en acción el formidable anatema que vibra elocuente en estos párrafos de fuego.

Quedé un poco perplejo. Tenía el presentimiento de lo inevitable. ¿Qué significaba aquello? Mis dudas se esfumaron ; oí bien el complot urdido. Habíase decretado allí mismo la muerte de unos magnates rusos, jurando sobre las columnas de mi artículo como sobre un libro de evangelios.

—Aquí está dicho—decía Sorel con solemnidad de rito, mientras alzaba la diestra agitando el periódico como una bandera de muerte, con un lema heróico que era un presagio sangriento.

No quise saber más ; penetré violentamente en la estancia y arrebaté el periódico rompiéndolo furiosamente en mil cachos.

—Este hombre es un farsante—grité indignado.

Hubo un momento de estupor en los seis u ocho sectarios congregados. El mismo Sorel quedó aturdido como si le hubiesen dado un golpetazo en el cerebro. Y salí arrogante mientras vibraba en el recinto el eco de mis frases como un epitalamio en las conciencias.

VIII

¿Por qué huí precipitado? ¿Qué me importaban aquellos jóvenes de exaltación peligrosa? Al día siguiente volví a casa de Lely, dispuesto a terminar con aquellos conciliábulos literarios que podían ser un peligro social. ¿Estaría Lely complicada, acaso, en aquellos manejos absurdos?

La encontré en su gabinetito de lectura fumando, indolente, perfumados cigarrillos egipcios que impregnaban de opio la estancia. Con brusquedad casi, me quejé de sus diabólicas aficiones, diciéndole lo mucho que me desagradaba la tertulia de sus amigos.

—Pero si muchos de ellos son compatriotas—me respondió risueña.

—No lo dudo ; pero no tienen nada que hacer aquí, a no ser que también tu te mezcles en sus conspiraciones absurdas como sueños de abúlico.

Empezó a reir Lely, llevándose le diestra a los rizos caprichosos que, como hilos de seda, se enredaban en su frente.

—Es muy pintoresco. Los literatos de España se asustan pronto. Vuestra literatura debe tener muy estrechos moldes. ¡ Lástima de médula que se enferma de lirismo !

—¿ Luego, también tu te mezclas en semejantes infamias ? Yo no me hago solidario y marcho para siempre ; embarcaré para Europa. A través de los mares y por las sendas del mundo, llevaré tu recuerdo como una espina clavada. Breve ha sido nuestro sueño de amor ; acaso no ha pasado de aventura amarga y dulce a la vez, que no ha tenido la suficiente fortaleza para arrastrarme al precipicio donde las conciencian naufragan.

—¡ Español ! ¡ español ! gestos de español. ¿ Quien habla de marcharse ? ¡ Yo que soñaba con un bello nidito de estilo castellano sobre las nieves de mi Rusia ! ¡ Aventura, aventura ! ¿ qué es el amor sino una bella aventura que se prolonga eternamente ? Ea ; se acabaron los recelos, y a gozar de la poesía del amor paseándolo por los más ocultos rincones del mundo ? ¿ No conoces mi Rusia ? ¡ Oh ! es más recia y ciclópea que tu España. El sol de allí no quema, sino que acaricia con sus rayos como una seda de luces ; y luego, la nieve blanca, muy blanca, como un sudario de nardos. Y allí cerca, los Urales gigantescos, con sus picachos enhiestos

y sus faldas grises, lleno de nieve blanda como esponjados vellones. ¡ Oh la blancura de la nieve ! es trágica y suave como el *Cantar de los cantares* ; y quemante, de puro fría, como las ideas de *Anaxágoras* en los jardines de *Akademos*. Allí duerme el *mujik* soñando con su ansiada libertad que es derecho de ciudadanos ; allí llora, sobre la nieve, su condición servil, siendo hombres recios que servirían para un discóbolo de *Fidias*. Y son las mujeres rusas, intrépidas y audaces, las que llevan gérmenes de redención, caminando sobre la nieve con sencillas *crépidas* de Atenas y con una luminosa *clámide* de apostolado.

*

* *

Una misteriosa fuerza inexplicable me retuvo junto a Lely. Sus gestos, sus muequecitas, sus ojos, todo me fascinaba convirtiéndome en juguete de sus caprichos. Y sin embargo, no era amor lo que sentía por la bella nihilista ; cuando menos, ese amor sosegado y sencillo que se experimenta en los rincones de España ; sino un algo más raramente extraordinario, calcinante, tortuoso, complicado ; algo así como un taladro cosquilleante, como un muerdo en la médula, como un suspiro de inquietud que me atraía protestando.

Claudicaba al fin ; había de seguir el sendero que me marcaba Lely ; acaso fuese el Destino inexorable contra el cual toda rebelión no es eficaz. ¿ Pero, había de soportar a tantos otros como Sorel ? Este no me perdonaría nunca el haberle apostrofado enérgicamente a quema ropa, y su odio debióse acrecentar viendo sorprendido el secreto de sus manejos.

A los pocos días Lely me invitaba a una excursión por las

áridas planicies de la Pampa ; iríamos a caballo y provistos de armas para defendernos, en caso preciso, de cualquier acometida de las fieras. Había parajes pintorescos y lagunas poéticas, junto a cenagosos pantanos, donde esbeltos cisnes negros dejaban sus crías.

Emprendimos la marcha en horas de la madrugada. Sorel nos acompañaba ¡ siempre Sorel ! ¡ en todas partes Sorel ! No protesté, sin embargo ; era experto como un *baquiano* y nos serviría de guía por entre aquella especie de estepa sin senderos.

No iba muy satisfecho. Aún sin quererlo, me inspiraba un profundo desdén aquel extraño como simbóbolo cabalístico. Había acallado mis escrúpulos, pero desde el fondo de mi alma detestaba tan ingrata compañía y hubiera querido hallar pretexto oportuno para desembarazarme de la enojosa presencia de Sorel.

Cabalgamos a la vez. La Pampa, inmensa, y desolada, no tiene senderos adecuados y se puede caminar en todas direcciones sin obstáculo alguno. Desviamos nuestra ruta hacia la izquierda ; por allí debía de encontrarse, según Sorel, una laguna extensa donde moraban cisnes negros. Seguíamos marchando ; nuestros caballos eran expertos en aquellos terrenos de sílice pantanosa, y éramos los tres admirables ginetes. La Pampa es peligrosa por los tigres que bajan de las selvas limítrofes ; pero íbamos armados a previsión ; un par de pistolas colgaban del arzón de nuestros caballos, y sendos cuchillos de monte llevábamos al cinto. A lo lejos divisamos una caravana de mercaderes que se dirigían a Posadas. Al poco tiempo, el horizonte se esfumaba en lontananza sin que se divisara a nadie en el confín más lejano. A nuestros pies se extendía la planicie gigantesca y solitaria de la Pampa, yerma, desierta, brava en su soledad y en su extensión inmensa. Era la misma Pampa que cantara *Martin Fierro* y que cruzara raudo el fantasma de *Facundo Quiroga* ; aquella misma de

leyendas gauchas, bárbaramente heroicas, que rompieron el despotismo implacable de *Rozas,* del inícuo tirano que cayera, al fin, bajo la espada de Urquiza, signando en Monte Caseros una era de presagio nacional.

Llegábamos cerca de la laguna misteriosa ; el suelo se hacía blando bajo los cascos de los caballos. Por precaución desmontamos para inspeccionar el terreno. No era extraño encontrar pantanos disimulados donde se esconde la muerte sorprendiendo a quienes desconocen el paraje. Sorel adelantóse presionando el suelo co n cautela ; yo le seguía precedido de Lely. De pronto, volvióse Sorel bruscamente, empuñando una reluciente daga que me clavó en el pecho. Fué un movimiento de tan rápida destreza que me heló la sangre en las venas. La afilada punta había tropezado con la placa de mi cartera, librándome de la muerte. Con hábil presteza saqué la pistola, mientras Lely me sujetaba por la espalda para ayudar a su cómplice a consumar el crimen. No les dí tiempo ; de un empellón lancé a Lely de bruces y con la diestra apuntaba al desalmado.

Fueron segundos trágicos que a Sorel le parecieron, sin duda, siglos. La piedad no brotaba de mi espíritu, y con pasmosa serenidad descargué el arma sobre el cobarde que rodó sin vida como un muñeco de trapo.

—Y ahora, Lely, degenerada mujer, que quisiste asesinarme con sádico placer, disponte a morir con tu más bello gesto. Es inútil que invoques mi perdón. En esta soledad augusta expiarás tus culpas, entregando el alma a tu padre Satán.

Se arrodilló Lely a mis plantas, abrazada a mis piernas, suplicante, magnífica, en su humildad.

—Rompe, si quieres, el templo de mi carne ; destróza mi cráneo y lanza mis despojos para pasto de los cisnes ; pero antes, escúchame ; no para que me creas y perdones ; ni quiero el perdón ni la vida ; si no para que sepas que nunca

como ahora te quise tanto ; sí, te quiero, me has convertido a la devoción de tu cariño con tu bravura noble y tu arrogancia bella. Pero tengo bien merecido el castigo ; dispara, dispara presto sobre mi frente que jamás humillóse, y arroja mi cuerpo a la voracidad de las fieras. Mi alma volará libre por la inmensidad de la Pampa y sonreirá tranquila porque, al fin, conoce el verdadero amor que es más puro y divino que el liviano placer de la carne.

—Levanta, mujer de enigma, y marcha. No perdono tus crímenes, pero te dejo la vida para que purgues tus culpas en el mundo. Tiempo tienes para el arrepentimiento que sería tu sola acción noble. ¿ No esperabas tanta generosidad en los hijos de España ? Anda, pobre Lely, anda ; ¡ qué las nieves de Rusia encubran tu maldad !

Sola quedóse la intrépida nihilista, la mujer diabólica que engendró Satán con pétalos de rosas y sangre de claveles.

Madrid, septiembre de 1916.

Jorge Rodríguez

LA CAÍDA

Acercóse coquetonamente a la Marquesa, acompañada de Fernando.

Llegado a su lado habló con voz acariciadora.

—Margot ; os presento a Fernando Gómez de Lara, aristócrata bilbaíno, notable literato, buen poeta y ferviente adorador de nuestra tierra andaluza.

Decía verbosamente y su acento tenía inflexiones de arpa eólica.

—Le contagia la alegría jocunda de nuestro cielo, siempre azul, siempre alegre, hasta hacerle olvidar la bella tierruca dulce y suave como sus mujeres. Sueña con quimeras andaluzas en que se mezcle la sangre a la aventura y, como joven, supone que siempre está en vísperas de acontecimientos que quizás nunca se realicen. Quiere hundir su alma pletórica de fantasías, en el abismo sin fondo de los ojos de una mujer mora. Cree que ha de enloquecer al beber la vida en la sonrisa luminosa de unos labios bermejos... Es un admirador de todo lo nuestro. Le cautivan y subyugan nuestras emotividades originales, a veces hondas, hieráticas y otras gitanas como la raza... A mi vez, Fer-

nando, os pongo en contacto con la bella Marquesa, gracia y hermosura reunidas, donaire y elegancia juntos, y que todos tenemos como a mujer super-espíritu, todo ideal y todo quimera...

Saludó él, cortés. Le envolvió ella en una de sus más gráciles sonrisas.

Sentada, daba la sensación de una gatita mimosa.

Cuando a la invitación para el vals pudo admirarla el aristócrata en toda la belleza de su figura, sonrió halagado, porque pensó dubitativo en los decires de la peña, en que no hacía mucho tiempo se había comentado irónicamente su virtud intangible.

¿Cómo iba a creer después de su conocimiento, en aquellas murmuraciones? Recordó lo que se había hablado. Y por ello supo que los padres de Margot eran unos viejos condes de noble y rancia estirpe que vivían en hidalga casona blasonada, allá en un risueño pueblecito andaluz, sufriendo el destierro involuntario que les impuso su ruina y la vergüenza que les dió tal deshonor...

El Marqués de las Torres salió al paso de aquella desgracia que hundía en la miseria a la familia de los Pradillas. Sufragó los gastos del proceso a la compañía minera, usó de sus influencias como jefe provincial del partido político de turno y allanó todos los obstáculos con su bien repleta caja. Pero puso como condición la mano de Margot, que llegó a ser su esposa con la tristeza de un desconsuelo y que lloró incalmable el día de la unión en aquella, su casa de Carmona...

He aquí el por qué de las murmuraciones. ¡Cosa más natural! Mentir amores, cuando han huído afectos, sentir las lisonjas sin hacerlas caso, ver en cada frase una doble intención, ¿no eran cosas más que na-

turales? Pero nadie pudo decir que obtuvo favores de aquella virtud a prueba de todos desencantos. Había envidia más que otra cosa hacia aquella *lugareña, rústica,* que supo imponerse con gestos altivos a los atrevimientos inexplicables; que llegó a ser la más elegante, porque llevaba en sí toda la gracia natural de la mujer de mundo...

*

* *

—Te amo, Margot, como no amé hasta aquí, como mereces que se te ame. Eres el complemento de mi vida; la felicidad, la mujer que he deseado siempre en mis perennes ensueños de poeta. Tu amor me hace delirar, y cuando vuelvo a la realidad de esta quimera que nunca será verídica, quisiera marchar, lejos, muy lejos, a las bellas costas de Cantabria, mi tierra, por dejar esta Andalucía que me robó el sosiego y el reposo... Amame, Margat. Yo soy la felicidad que llama a las puertas de tu corazón, el amor que quiere undirse y eternizarse en tu alma, la ilusión que se forjó tu cabecita soñadora en las soledades de tu casa solariega de Carmona. Acógeme...

—¿Tu marido? Son ridículos esos miedos. ¿Tu nombre? El no fué celoso del suyo cuando compró tu belleza por unos miles de duros. Perdóname. Yo sé que tú no te vendiste, pero sé que te sacrificaste. Y él compró el sacrificio cotizándolo como vil mercancía. Rompe esa cadena que a él te une y sé feliz...

Calló el enamorado Fernando.

Los ojos abrillantados de Margot eran una promesa presta a la realización.

Preguntó en sensación de saber una respuesta afirmativa.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

Ruborosa, en ansias del peligro de aquella felicidad, respondió ella:

—Mañana a las doce en el cenador del jardín...

Y se alejó mordisqueando un nardo, flor de pureza que como la otra flor, virtud de su vida, iba a desaparecer en los labios miel de aquel su enamorado...

*
* *

Tiene la noche abrileña con su cielo azul como manto nupcial bordado de estrellas, con la plácida quietud de los campos, no turbada más que que por el canto de un ruiseñor que entona una melodía con flauta de cristal, un vaho monacal y germinador, que penetra en el blanco cenador que apenas se vislumbra en la umbría de la fronda...

Besa la brisa saturada de jazmines las hojas de los árboles; murmura ledamente un surtidor, y entre las sombras de la noche tranquila y misteriosa, adormecida por el dulce madrigal de la quietud, un poema de besos se teje como tela de ensueño y fantasía...

Ríen los fantasmas espectrales del misterio y entre los brazos de un galán donjuanesco naufraga la virtud de la riente Margot. Pasa como una risa arlequinesca por el alma y en el fondo del cenador unos labios se juntan en éxtasis de vida y de dulzura...

Y quizá en el cerebro del gallardo, se adueñe el pensamiento de la huída después, hacia las tierras abruptas de la bella Cantabria...

COSETA.

LOS DOS CAMINOS

A mi inolvidable maestro de Retórica
y Poética D. Elías Alfaro y Navarro.

Al claror de la Luna, entre el boscaje,
vaga el poeta con mirada incierta,
soñando darle vida á su alma muerta;
y con la vista fija en el encaje
de divino verdor, cual si quisiera
desentrañar misterios del paisaje,
camina sin ver nada; displicente;
y es tanta su abstracción, que en su quimera
cree ver ante él una hechicera,
y escuchar que le dice dulcemente:

¿Qué buscas, di, poeta? ¿Acaso el velo
que oculta la Verdad rasgar pretendes?...
¡Pobre loco!... ¡Infeliz!... ¿Y no comprendes
que al lograrlo hallarás tu desconsuelo,
y que ha de ser terrible tu tormento,
al ver que se destrozan contra el suelo,
y que son arrastrados por el viento,
todos esos castillos de ilusiones,
que solo en realidad, fueron ficciones
que se forjó tu mismo pensamiento?

¿. . . . . ?

¿Qué quién soy me preguntas, para hablarte
de esa forma cruel y descarnada?

¡Soy la Verdad!, que huyendo derrotada,
de la odiosa ficción con rumbo aparte,
en lucha desigual, esteril, dura,
el Mundo recorrió de parte á parte,
buscando un pecho amigo, noble y fuerte,
donde albergar, mi escuálida figura,
¡Buscando un paladín que con bravura,
supiese defenderme hasta la muerte!

¿. . . . .?

A pesar de que anduve á la ventura,
jamás pude encontrarle, amigo mío,
que hasta ahora, mi voz, en el vacío
se perdió, como sombra en la negrura.
Pechos fuertes si halló, ¡más oh ironía,
para llegar al colmo de amargura,
en ellos se albergaban las maldades,
el odio, la ambición, la hipocresía,
y doquier se fijó la vista mía,
solo encontró rencor y falsedades!

¡. . . . .!

¿Qué me quieres seguir?. ¡No, no los digas!
Eres joven aún, tus pocos años,
no han sufrido los rudos desengaños
que hacen sangrar el alma. ¡No me sigas!
Siguiendome á perder todo te expones,
y no haciéndolo así, tal vez consigas
llegar á feliz puerto, sin gran daño,
que aún tienes esperanzas, ilusiones,
y podrás realizar tus ambiciones,
sino con la Verdad, con el engaño!

¡. . . . .!

¡Ven acá! Pon los ojos entornados,

y allá en la lejanía, en la penumbra,
verás un hada hermosa... ¿Te deslumbra?...
¡Pues aquélla, es la Fama, que alocados
pretenden conseguir todos! Repara,
que á ella acercarte puedes por dos lados,
con las límpidas notas de tu lira.
Siguiendo mi camino, ¡Cara á cara!,
ó el camino de la que todo ampara
con su máscara odiosa, ¡La Mentira!...

¿. . . . . ?

¿Dudas? ¿Crees tal vez que me equivoco?...
No lo dudes, poeta... Mi camino
es abrupto, mi andar, torpe y cansino.
Aléjate de mi que poco á poco,
á la lucha tenaz sucumbirías,
y en premio á tu bravura ¡pobre loco!
á no ser vencedor y si vencido,
en vez de compasión, solo hallarías
un epitafio lleno de ironías,
¡¡que no existe piedad para el caído!...

¡¡. . . . . !!

¡Vamos, al fin pareces convencerte! ..
¡Las notas más hermosas de tu lira,
dedícaselas pues, á la Mentira!...
Comienza tu camino: si eres fuerte,
has de lograr el triunfo resonante,
conquistando la Fama, ¡Mucha suerte!...
No nos veremos más, pues yo prosigo
mi marcha, opuesta á ti, ¡Sola y errante!...
¡Sigue tu ruta ya, sigue adelante,
y olvida á la Verdad!... ¡Adiós, amigo!...

ENRIQUE G. RUBIALES.

CRÓNICAS FEMEMINAS

YO SOY TAMBIÉN...

En esta hora encantada de la tarde, hora de recogimiento y quietud, hora dulce de ensueño y recordación, he sentido la paz de los campos llegar hasta mí e impregnar mi espíritu de una vaga e inefable melancolía. Recuerdo que siempre me ha pasado igual ; por mucho que fuese el alborozo de mi alma, por muy honda que sintiera la alegría en mi corazón, una suave nostalgia se ha apoderado de mi espíritu, extático ante la poesía serena y maravillosa de estos fantásticos atardeceres andaluces.

Mi casita de la sierra, suspendida de un risco como el nidal de una paloma, tiene dos balcones : uno de ellos, que es el de mi dormitorio, mira a oriente y es un balconcillo tímido, pequeñuelo y encogido como asustado ante el violento panorama de la sierra gigantesca, vestida de lanchares graníticos y coronada de picachos soberbios, cuyas cresterías se pierden en las inmensidades del espacio. Por él, todas las alboradas, veo asomar el sol, trás los blancos neveros de la serranía. A este balconcillo oriental, le llamo yo el balcón de la alegría, porque por él penetra la alegría del sol en es-

tas claras mañanas de la primavera, escanciando en mi estancia, efluvios luminosos, aires serraniegos, perfumes campestres y músicas montaraces.

El otro balcón—el situado en la parte opuesta— es amplio y bello ; su barandal está cargado de macetas con flores del tiempo ; la primavera se ha desbordado pródigamente sobre él, llenándole de hermosura, pues campean en su recinto desde la ruborizada amapola hasta la nítida azucena, pasando por toda la gama de matices que pueden componerse y combinarse con los siete colores del espectro solar.

El primer balconcillo gusta de contemplar las cosas soberbias, rotundas, impresionables ; éste las humildes, sencillas y armoniosas ; aquel mira la sierra, este contempla el valle.

La estancia en que se halla este balcón sírveme simultáneamente de sala de estudio y de costura. Con las labores de los bolillos y el «crochet», convino agradablemente la lectura de las rimas de Bécquer y las doloras de Campoamor. Campoamor y Bécquer son mis poetas favoritos... después de Enrique Heine, que es mi poeta más preciado. Mi «bibloteca» no es voluminosa, pero sí selecta. En mis frecuentes viajes a la capital siempre trigo algo nuevo ; pero poco porque, en estos momentos que tanto se produce y se edita, reducidísimas obras puede leer, sin ruborizarse, una joven. Sé que por esto que digo, habrá algunos hombres que me tacharán de timorata y lugareña, teniendo en cuenta que a las mujeres débese principalmente el que algunas novelas, que no quiero calificar, alcancen seis y ocho ediciones ; pero a estos hombres se les puede refutar que son dignos de tales mujeres. Y perdóneme esta amarga digresión.

Decía que voy alternando la labor manual con la espiritual y diré más : a veces, se confunden, se ligan, se entrelazan de tal manera que forman una misma labor ; y es cuando, al par que la aguja metálica, guiada por mi mano, borda pájaros y flores en la tela blanca del bastidor, la aguja invi-

sible de la ilusión borda pájaros y flores también en la tela, sin bordar aún, de mi alma. Porque yo todavía no he amado ; mejor dicho, sí he amado y amo, pero no he puesto este amor en alguien tangible y conocido, que pueda corresponderme ; amo pero no sé a quien. Yo veo que este fenómeno psíquico —el de amar sin conocer el objeto amado—se obra también en otras almas. En todas las almas de ciertas mujeres, que, viviendo en un ambiente de asfixiante vulgaridad, donde los jóvenes de la clase alta son tan groseros y estultos como los gañanes, languidecen esperando al hombre soñado, como aquellas princesitas encantadas aguardaban amorosamente al caballero que con el poder de su lanza, la fortaleza de su brazo y el amor de su corazón habían de romper el hechizo.

Yo soy también otra princesita y también aguardo al caballero que ha de venir a rescatarme, en este balcón que se abre a la llanura como una rosa al día y al que vienen a morir los últimos lampos de la tarde, envueltos en las tenues sonoridades del *Angelus*.

Allá, recostado perezosamente en la margen del río, albea el pueblo, con sus calles tortuosas, sus casitas humildes y enjabelgadas, sus antiguos caserones de piedra con balconcillos pintorescos, tras cuyos finos cristales, las muchachas aguardan con ternura al que casi nunca llega y a través de los cuales ven deslizarse, tristemente, la vida pueblerina, tediosa, monótona, gris...

¡ Oh, qué triste la vida de nosotras, las señoritas de pueblo, que un día paseamos triunfantes nuestra belleza y nuestra distinción (también nuestra fealdad y nuestra cursilería) por las calles de la capital, y que, tras este pasajero triunfo, tenemos que volver a hundirnos en el pueblo y tal vez unir nuestra vida, para siempre, con la de un hombre obeso y vulgarote ! ¡ Y siempre soñando, tras los cristales, con el príncipe que nunca ha de venir a librarnos de nuestro cautiverio y que si algún día viene, lo hará metido en el

pellejo de un traficante en aceites o de un hombre rico, pero sin educación y sin más ideal que comer, beber, dormir la siesta y discutir de toros en el casino!

Por éso yo prefiero a la aburridísima soledad de mi caserón pueblerino, la de esta casita montaraz y blanca, suspendida de un risco como el nidal de una paloma.

En estos atardeceres vernales, en estas claras noches serraniegas, como nuncio y anticipo del estío, suben de las plácidas llanuras de Andalucía y de lás áridas tierras del Africa, continuas ráfagas de aire cálido y aromoso. Y en la paz campesina y agreste de estos crepúsculos y de estas noches, se siente como nunca en el alma

La música callada,
La soledad sonora,

de que nos habla el divino Juan de Yepes. Y se siente en el corazón un infinito deseo de amar y ser amada como las pálidas y rubias princesas de los viejos cuentos, que, siendo niños, nos narró la abuela, reunidos en círculo familiar al amor de la fogata, en aquellas inolvidables veladas del invierno.

En esta hora encantada de la tarde, cuando muere el buen sol de la primavera y, como una novia besada furtivamente, se ruboriza el horizonte, pienso en aquellas princesitas que enfermaban de tristeza esperando al valeroso galán que había de obrar el milagro de rescatarlas para su corazón... Que yo soy también otra princesita y también aguardo al caballero...

Carmina Colomé.

Dolor de corazón

Ayer cuando entré en el templo
te encontrabas confesando
y hacia mi lado mirando
demostrastes mal ejemplo.
¿Y curl fué la penitencia
que te impuso el confesor?
¿Te impondría la abstinencia...
la abstinencia del amor?
Solo sé que me mirastes
con tus ojos de demonio
y que después le rezastes
con fervor á san Antonio.
¿Disculpó con tu hermosura
los dislates que de noche
cometemos, el buen cura,
ó te ha lanzado un reproche?
Tú no te apures por eso:
el besar es cosa buena...
¡Sabe más rico tu beso
que la miel de una colmena!
Ya sé, en resumen de cuenta,
cual es tu arrepentimiento...
¡si ayer me distes cuarenta
hoy solo me darás... ciento!

GABRIEL G. TAMOYANO.

Hacemos presente a los señores corresponsales de **LOS NOVELES**, que serviremos a vuelta de correo, los ejemplares atrasados de dicho semanario que deseen tener o servir al público. Conservamos de todos los números para las personas que quieran la colección, la cual constituirá una hermosísima joya literaria.

¡¡MAS DE 400 PAGINAS POR UNA PESETA!!

LOS NOVELES es una publicación semanal culta, instructiva y amena; en la que todos los que deseen publicar sus trabajos inéditos, pueden enviar los originales á la Dirección, Asalto, 78, 2.º, 2.ª, la que con la norma de rectitud é imparcialidad que corresponde al carácter serio de esta Revista, publicará ó no, los trabajos que se envíen, según sean ó no merecedores por su índole.

Cada 10 números de LOS NOVELES, formará un tomo de más de 400 páginas, pudiendo asegurar que los asuntos de que tratan son de tanto ó más mérito que los que en otras novelas se publican.

¡Un tomo de más de 400 páginas por una peseta!

LOS NOVELES publican semanalmente, novelas, rápidas, poemas, chistes, etc., etc., escritas por lo más simpático de España, por esa juventud y otras personas hasta hoy no conocidas por sus méritos literarios.

No tenga pereza ningún *Novel* que quiera remitirnos sus inspiraciones, para que sean publicadas. Nosotros daremos cabida á sus escritos, si son publicables, y haremos conocer á toda España que no tan sólo saben los *¡únicos*, los incomparables!, sino que hay también *Novel* que puede competir con ellos.

AVISO

A los señores corresponsales que han sido de esta REVISTA y que han dejado de serlo por no pagar lo que deben a esta Administración, pondremos en una sección nombres, apellidos y domicilio de cada uno y la cantidad que nos ha estafado, para que sepa el público distinguir de los hombres de bien a los que viven a espaldas de los editores de buena fé. Por lo tanto, para bien de los morosos, esta administración transigirá con todos que no pueden pagar a la vez, admitiendo un tanto cada mes.

LA ADMINISTRACIÓN.

Tip. ELECTRA.—Valencia, 200